

María Calvo Sáez y Blanca Ripoll Sintes  
Una extraordinaria «revelación literaria»:  
Ana María Matute, el grupo Destino y el Premio Nadal  
*Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. XCIX-3, 2023, 111-134  
<https://doi.org/10.55422/bbmp.944>

## UNA EXTRAORDINARIA «REVELACIÓN LITERARIA»: ANA MARÍA MATUTE, EL GRUPO DESTINO Y EL PREMIO NADAL

María CALVO SÁEZ  
*Universitat de Barcelona*  
ORCID: 0009-0009-7826-5045

Blanca RIPOLL SINTES  
*Universitat de Barcelona*  
ORCID: 0000-0003-4759-702X

### **Resumen:**

Este artículo quiere analizar y poner en contexto las relaciones que se tejieron entre la novelista barcelonesa Ana María Matute, la revista *Destino*, la editorial homónima y el premio de novela Eugenio Nadal. Estudiaremos su presencia, como finalista y ganadora, en la historia del Nadal; la recepción crítica que diseñó el semanario *Destino*; la interesante construcción de su imagen pública como escritora a partir de las entrevistas concedidas en la época; y cómo estas tres primeras décadas de trayectoria literaria dibujaron las líneas temáticas y formales más importantes de la obra matutiana.

### **Palabras clave:**

Ana María Matute. Premio Nadal. Novela. Posguerra.

**Abstract:**

This article aims to analyze and put into context the relationships built between the novelist from Barcelona Ana María Matute, *Destino* magazine, the homonymous publishing house and the Eugenio Nadal Prize for Novels. We will study her presence, as a finalist and winner, in the history of Nadal Prize; the critical reception that the weekly magazine *Destino* designed; the interesting construction of her public image as a woman writer based on the interviews granted at the time; and how these first three decades of literary career drew the most important thematic and formal lines of Matute's work.

**Key Words**

Ana María Matute. Nadal Prize. Novel. Postwar.

**La importancia de ser finalista en el Premio Nadal**

Una de las reivindicaciones de este monográfico va a consistir en la defensa de que el Premio Nadal valió tanto por sus ganadores como por la nómina de finalistas. En numerosas ocasiones son reveladores los nombres propios que aparecen en segundo y en tercer lugar (Ana María Matute fue uno de estos nombres), así como los de las diez novelas que el jurado destacaba como memorables –normalmente esa nota posterior al Premio y aparecida puntualmente en la revista *Destino* la redactaba Néstor Luján o Rafael Vázquez Zamora–. Se trata de datos que nos permiten reconstruir el canon vivo de la novela española, en muchos casos refrendado después por otros medios e instituciones, al que el galardón del Nadal contribuyó, en especial durante los años cuarenta y cincuenta, de manera decisiva. Pero también hallamos en estos listados información interesante que tiene que ver con la vigilancia censorial (en ocasiones novelas excelentes, pero que podían presentar problemas con censura, se situaban en tímidos segundo o tercer puesto; es el caso de *Las noches sin estrellas* de Nino Quevedo); con las redes intelectuales, amistosas y afectivas de los integrantes del grupo *Destino* (pensamos en Josep Maria Gironella o Sebastià

Juan Arbó, por quedarnos con dos muestras); e incluso con modelos literarios que podían tener incidencia en el presente de la concesión del Premio y que perdieron vigencia con el paso de los años.

Sea como sea, el primer Premio Eugenio Nadal había sido concedido a Carmen Laforet por *Nada* el 6 de enero de 1945, en el Restaurante Suizo que lindaba con la plaza Reial de Barcelona, y que recayera sobre Laforet y no sobre César González Ruano fue un auténtico acontecimiento que, como se ha explicado tantas veces, prestigió a la autora, novel por entonces, y al premio literario como institución al mismo tiempo, en un contexto general de control ideológico y privilegio de los intelectuales y escritores orgánicos como fue el primer lustro de los años cuarenta en la España franquista. Fue además –Carmen Martín Gaité traza ese eco en «La chica rara» (1999)– la constatación de que una mujer, joven y desconocida, podía escribir y podía publicar una novela.

Ignasi Agustí recuerda en sus memorias *Ganas de hablar* cómo una muchacha joven le entregó tímidamente el manuscrito de lo que sería, andando el tiempo, *Pequeño teatro* (Premio Planeta 1954):

Un día de 1945, ya cerrada la convocatoria del premio, se presentó en *Destino* para verme, con una tarjeta de presentación de un amigo mío, una muchacha muy joven, una niña casi, con el deseo de entregarme una novela. Vi a la jovencita, que era extremadamente tímida, que no levantaba la voz, a la que había que sacar las palabras con alicates, que parecía que se iba a desmayar cada vez que se le preguntaba algo, y conseguí que me dejara la novela. La copia que dejó en mis manos daba risa. Estaba mecanografiada por ella misma, con las deficiencias naturales de un aprendiz a mecanógrafo, sin un solo espacio de línea a línea, con tachaduras sobre el texto y otra serie de inconvenientes que no hacían fácil su lectura. (...) Cuando volvió la señorita le dije que era una escritora muy buena, que era inmejorablemente buena, que debía seguir escribiendo, que encargara una nueva copia de aquel libro de manera que pudiera leerse y que lo presentara al concurso del año siguiente. Ante mi asombro me dijo que, puesta a sentarse de nuevo a la máquina de escribir, prefería hacer una obra nueva que ya tenía pensada. Pero quedó muy animada por lo que yo le dije, prometió tenerme al corriente de su labor. La

novela se llamaba *Pequeño teatro*, e iba firmada por un nombre que ahora no recuerdo. «Pero ¿no se llama usted Ana María Matute, o así lo leo en la tarjeta?» «¡Sí –me dijo–, pero es que Matute es tan feo!» Le aconsejé que se dejara de complejos. «Matute es un nombre como cualquier otro y desde luego a mí me gusta más que el que ha puesto usted aquí.» «Bien – me concedió, creo que por temor. – Pues firmaré Matute» (Agustí, 1974, 179).

Y, efectivamente, tal y como recuerda Agustí, Matute presentó al Premio Nadal 1947, que ganaría Miguel Delibes con *La sombra de un ciprés es alargada*, la novela *Los Abel* (1948), que también merecería la atención de la editorial y de la crítica, y que se incluiría el mismo año de concesión del premio en el catálogo de Ediciones Destino, en su colección Áncora y Delfín. A la joven escritora la calificaría el jurado, según la crónica de Joan Teixidor, como una «revelación literaria», con «una intuición novelística de primer orden, con un sentido elemental y bárbaro de la frase, de una sugestión extraordinaria» (Teixidor, 1948, 14). Una idea, la de joven talento, en la que generosamente incidiría Carmen Laforet en el artículo que, ante el Premio Nadal 1950 concedido a Elena Quiroga por *Viento del norte*, publicó en *Destino*:

[...] porque este nombre [el de Ana María Matute] me parece a mí el de una de las más importantes revelaciones de la literatura joven de los últimos años. Su novela *Los Abel*, está llena de tan bellas cosas, escrita con tal felicidad de contar, con tanta fuerza y encanto, que, forzosamente, quien ha escrito así seguirá dando muchas otras cosas para nuestro recreo de lectores (1951, 701, 15).

Sagaz comentario de Carmen Laforet, quien ya vislumbró la fuerza narrativa de la escritora barcelonesa en la breve y excelentemente trabada obra de *Los Abel*, ya atravesada por temas que serían habituales en la obra narrativa de Matute, como la incomunicación, la pérdida de la inocencia o la soledad. Pese a que fue una etiqueta de la época y un debate crítico con cierto sesgo político, no vamos a entrar en consideraciones acerca de si el tremendismo es o no un marbete adecuado. Bien es cierto que Julio Coll, nombre propio habitual en las páginas de *Destino* y uno de los

más interesantes especialistas en cine del momento, clasificaría la novela de Matute bajo dicho paraguas en el artículo «El tremendismo en la mujer». Más allá de terminologías, es un artículo fértil en ideas pues Coll perfila lo que Josefina Aldecoa bautizaría con fortuna como la «generación de los niños de la guerra» y señala a Matute como integrante de esta nueva promoción que había padecido las consecuencias de la guerra civil sin haberla vivido de forma directa. Y desde ahí comenta: «Al parecer, con esta nueva generación, se habrá conseguido algo que parecía imposible: poder juzgar líricamente el lado patético de las cosas» (Coll, 1948, 14).

El estilo matutiano, preocupado constantemente por la captación del color, de las luces y las sombras, parece anticipar otra etiqueta crítica que preferimos, por amplia, profunda y llena de matices: la que pocos años después, a propósito del Nobel 1949 concedido a William Faulkner, acuñaría Antonio Vilanova en *Destino* y aplicaría con igual suerte a *El camino* de Miguel Delibes, la de «naturalismo poético» (Vilanova, 1950, 16-17). El equilibrio entre expresionismo y lirismo, entre sátira y ternura, que podemos leer desde *La familia de Pascual Duarte* a muchas novelas de los años cincuenta se nos antoja una atalaya crítica e historiográfica útil y que no desdibuja la microhistoria de la novela española de esas dos décadas. En la mayoría de críticas que Vilanova dedicó en los años cincuenta a novelas de Ana María Matute, el binomio del naturalismo poético o las referencias al posible modelo faulkneriano aparecen de continuo.

La relación casi emocional entre Ana María Matute y la historia del Nadal pasó por tres intentos, el último de los cuales recibió finalmente el galardón. En la convocatoria de 1949, que recayó en *Las últimas horas* de José Suárez Carreño, la escritora barcelonesa presentó un original titulado inicialmente *Las luciérnagas*. Las vicisitudes por las que pasó este libro, de sobra conocidas, bien merecen que nos detengamos, pues es un caso que ilustra la época a la perfección.

Como ha estudiado con rigor Marisa Sotelo (2014, 27-31), *Las luciérnagas* no pudieron publicarse en 1950 como estaba previsto por numerosos problemas con la censura; fragmentada y mutilada, tras las tachaduras del lápiz rojo de los censores, apareció en 1955 como *En esta tierra* en la Editorial Éxito y no en Planeta, como estaba

previsto en un inicio (Martínez Cachero, 1997, 246-248): Matute nunca estaría orgullosa de esta novela, pues era incapaz de reconocerse en el texto que quedó a salvo de la quema (Destino publicaría la versión íntegra en 1993 y de 2014 es la primera edición crítica en Cátedra de la profesora Sotelo). Pese a todo, la crítica del momento ya localizaría en esta obra aspectos propios de la voz personal de Matute: un estilo vibrante, sugerente y muy plástico, para expresar la soledad e incomunicación de una serie de personajes que, pese a su enorme sensibilidad, parecen estar marginados por el mundo en que viven. Diría la redacción de *Destino* de la obra presentada al Nadal:

Ana María Matute, con *Las luciérnagas*, ha producido una obra de una poderosa concepción, que viene a reavivar todas las grandes esperanzas que abriera al ánimo la lectura de *Los Abel*. La acción de este libro, que discurre en Barcelona en las horas de la guerra civil es sobrecogedora. La prosa de Ana María Matute, con un nervio magistral, cargado de una electricidad creadora, única en la historia literaria de nuestros días, ilumina a sus personajes y les da una carnadura de espectros o de genios vivos. (Redacción, 1950, 15).

Años más tarde, en 1956, Antonio Vilanova analizaría la novela publicada con el título de *En esta tierra*. Tras apuntar el crítico que ignora hasta qué punto dicha obra «se aparta en su estructura y concepción novelesca de su primera versión, titulada *Las luciérnagas*, que tenía ya escrita en 1952 y que ha permanecido varios años inédita por razones ajenas a la voluntad de la autora» (1956, 30), reflexiona sobre su evolución literaria:

[...] desde la aparición de su primer libro, *Los Abel*, finalista del Premio Nadal 1947, libro que constituyó a los veintiún años su brillante revelación en el campo de las letras, albergo la más firme convicción de que Ana María Matute es una de las figuras más vigorosas y originales de la joven novelística española, cuyo éxito y popularidad no han correspondido a sus verdaderos méritos, en gran parte porque no le ha sido posible publicar en el momento oportuno cada una de sus obras (Vilanova, 1956, 30).

Pese a los cambios que el crítico literario imagina, Vilanova fue capaz de vislumbrar la fuerza literaria que subyacía en la obra original, considerándola como la mejor de sus obras escritas hasta entonces:

Ignoro hasta qué punto esta reelaboración a que se ha visto obligada la autora ha mejorado su creación inicial o ha traicionado su intención primera, pero sí puedo afirmar que en la forma actual aparece como una obra nueva, acabada y perfecta, de una impecable estructura y continuidad narrativa, dotada de una extraordinaria fuerza y sugestión poética, mantenida en un ritmo creciente desde la primera hasta la última página (Vilanova, 1956, 30).

La triste historia de Sol Roda en la Barcelona republicana durante la guerra civil se balancea entre episodios luminosos, llenos de amor y de vida, y episodios turbios y oscuros, en una novela en la que el espacio urbano deviene protagonista (Sotelo Vázquez, 2012, 319-336). Aun así, la mirada tierna de la adolescente Sol llena de humanidad el relato. Piedad humana y hechos trágicos, intuición y poesía, se dan la mano en la novela de Matute, que el crítico barcelonés califica de «pintura magistral de un mundo desquiciado y hambriento esforzándose desesperadamente por sobrevivir» (1956, 30). En este sentido, Vilanova certifica cómo una buena novela debe beber directamente de la vida:

Hemos dicho ya que su peculiar talento novelesco alcanza sus mejores aciertos, no en las ideas, sino en la vida, y ello se logra en este libro a lo largo de una narración a la vez fluida y densa, que fluye, crece, asciende y se remansa como una oscura marea ensangrentada, que se desborda como un torrente, de aguas turbias, que corre y se desboca como un corcel encabritado, que mana quedamente como una fuente tibia, que restalla y azota como un vendaval furioso, para ofrecernos un pedazo de vida en carne viva, la pequeña historia de unos cuantos seres arrastrados por el despiadado torbellino de la guerra que muestran ante nuestros ojos angustiados y atónitos su dolorida y triste humanidad (Vilanova, 1956, 30).

De nuevo, valora el profesor catalán el difícil equilibrio entre el expresionismo y la descripción de las bajas pasiones, y la luminosidad de la ternura y la humanidad, presentes en el relato.

Localizamos también en la década de los cuarenta el inicio de la colaboración de Ana María Matute en el semanario *Destino*, una colaboración literaria desigual que le permitió a la escritora, por un lado, forjar y afianzar su imagen pública como autora y, por otro, tratar de profesionalizarse económicamente. Esta colaboración se inició en el año 1947, cuando la revista barcelonesa publicó el cuento «El chico de al lado»; a este le siguieron tres cuentos que se publicaron durante los años cuarenta<sup>1</sup>. No obstante, la colaboración más regular de la escritora en *Destino* no la encontramos hasta 1960. Después de obtener el Nadal de 1959, Ana María Matute inicia en el semanario la sección «A la mitad del camino», nombre que posteriormente sería el título de una de sus obras. La mayoría de los textos matutianos que localizamos en *Destino* se publicaron entre 1960 y 1965, años que corresponden al desarrollo de dicha columna; durante los últimos años de la colaboración, finalizada en 1968, esta es más irregular y formada por textos de naturaleza más variada.

La mayoría de los textos de la escritora en el semanario *Destino* entre 1960 y 1965 los encontramos también publicados en *A la mitad del camino*<sup>2</sup> (1961) y *El río* (1963). Estos textos, breves en su mayoría, pueden parecernos heterogéneos, debido a la diversidad de temas en los que se centran. Sin embargo, hallamos algunos puntos en común entre ellos, que, además, nos permiten establecer puentes con su obra narrativa: la hibridez genérica, el carácter autobiográfico y los temas más recurrentes (la memoria y la infancia). Gran parte de estos textos, que se encuentran entre el relato breve<sup>3</sup> y el ensayo, surgen de la rememoración por parte de la autora de algún episodio

---

<sup>1</sup> «Sombras» y «Mentiras» en 1948; «Los niños buenos» en 1949.

<sup>2</sup> En esta obra no solo hallamos los textos publicados en *Destino*, sino también los publicados en el periódico barcelonés *Solidaridad Nacional* entre 1958 y 1959.

<sup>3</sup> Debido a la extensión del artículo, no podemos detenernos en este interesante aspecto, por lo que remitimos a los lectores al trabajo «Tras las huellas de una poética del cuento en Ana María Matute» (Gutiérrez Sebastián, 2019, 215-228), en que se detalla y profundiza tanto en los discursos de la autora acerca de su concepción del género del cuento, como en las líneas estéticas y temáticas fundamentales del corpus matutiano.

de su pasado, de su infancia en muchos casos, con una ambientación rural o con una presencia importante de la naturaleza. La naturaleza siempre concebida como el espacio propio de la infancia, del paraíso perdido, aquel que propicia la aventura y aleja a los niños del mundo tedioso de los adultos:

Se encontraban siempre con sorpresa, como se encuentra, al cabo de los años, un amigo de la infancia que nos dice: «¿Qué fue de todo aquello?» Se ha doblado sin saber cómo la esquina que no parecía definitiva, especial, sino únicamente una esquina más. Y, sin embargo, era la que cerraba el primer tramo del camino que quedaba atrás, vedado por una valla que nadie puede sortear de nuevo, al que nadie regresa jamás. [...]

Llegábamos cuando empezaba la primavera. La primavera nacía al borde del río, inundado de flores amarillas, que ingenuamente creímos venenosas; y el agua estaba fría hasta quemar la yema de los dedos. Aún llevábamos ropas de invierno, jerseys de lana y calcetines. Y, sin embargo, ya amanecían aquellas flores apretadas, de color limón, entre los juncos de gitano (Matute, 1960, 61).

### **Los años cincuenta y la consagración: el Planeta y el Nadal**

Como se empezaba a probar en los párrafos precedentes, Antonio Vilanova es, desde las páginas de *Destino*, el mejor paladín de Ana María Matute. En el artículo de 1956, que funciona como una retrospectiva, realiza un balance desde la publicación de *Los Abel* (1948) hasta la de *Fiesta al Noroeste* (1953), con la publicación extemporánea de *En esta tierra* (1955), que es lo que motiva el artículo crítico. Este testimonio nos sirve, además, para trazar una cuestión que fue central en los vaivenes editoriales barceloneses de los años cincuenta: las luchas intestinas entre Ediciones Destino y la Editorial Planeta por captar autores. Hemos estudiado en otro lugar el caso de Carmen Laforet (Ripoll Sintés, 2016, 187-188) y cómo el mecanismo de los premios garantizaba a Destino un poder bastante importante en la consecución de las obras de sus autores galardonados (también la aceptación de los anticipos económicos,

alegremente firmados por los escritores en malas épocas, eran una traba importante para la libertad de acción). La correspondencia entre Josep Vergés y Miguel Delibes es también un acervo interesante de información al respecto (Delibes; Vergés, 2002, 98 y 157-158) y en este trabajo observamos cómo estas tensiones se cernieron también sobre Ana María Matute, quien se hallaba, como ella misma señaló en diversas ocasiones<sup>4</sup>, en serias dificultades económicas por aquellos años.

Es un silencio clamoroso al que condenó la revista *Destino* a la novela *Pequeño teatro*, Premio Planeta 1954. No se ha hallado ningún artículo crítico ni reseña en nuestro cotejo dedicados al galardón barcelonés, y la referencia a la novela en el artículo de Vilanova es sucinta y llamativamente negativa. Vilanova defiende, a nuestro juicio de forma excesiva, que en el marco de todas las obras matutianas publicadas hasta el momento, *Pequeño teatro* «representa más bien un retroceso probablemente porque esta novela, irreal y poemática, correspondía en su elaboración primera a un estadio anterior de la obra de su autora» (1956, 30). Vilanova era, con toda probabilidad, conocedor de la anécdota referida por Ignasi Agustí según la cual *Pequeño teatro* era la primera novela escrita por Matute y señala que, por esa razón, se halla en un nivel inferior de oficio. Que los adjetivos «irreal y poemática» adquieran en esta crítica un tono negativo nos parece circunstancial –Vilanova podía usar esas mismas nociones para referirse a narrativas expresionistas, alucinadas, en la mejor estirpe faulkneriana–, aunque no es baladí la sintonía con el escaso aprecio que el crítico Gonzalo Sobejano valoró la obra novelesca de Ana María Matute en *Novela de nuestro tiempo* (1975, 480), precisamente por su excesivo lirismo. Por otro lado, hallamos coletazos de estas tensiones entre Planeta y Destino en la entrevista-reportaje que Francisco Daunís publicaba en *Solidaridad Nacional* a propósito de la concesión, finalmente, del Premio Nadal a la novelista por *Primera memoria* en 1960. En el texto, Daunís pregunta a José Manuel Lara por la supuesta existencia de

---

<sup>4</sup> Durante su entrevista con Rosa Montero, por ejemplo, Matute comenta lo siguiente: «Con mi primer marido yo... A mí me desheredaron y lo pasé fatal, muy, muy mal, porque además entonces a las mujeres nos era muy difícil encontrar trabajo» (Montero, 1996, 56).

un contrato que obstaculizara los requisitos editoriales que implicaba el premio para con Ediciones Destino, a lo que respondía el editor, apuntando no muy sutilmente el mecanismo de los anticipos:

—Es cierto que Ana María tiene un contrato firmado conmigo por el que me concede en exclusiva sus obras durante el plazo de diez años. Pero también es cierto que esta obra que tiene en Destino y, según mis noticias, cobrada ya, queda al margen de la exclusiva por una cláusula incluida en el referido contrato. No quiero añadir más sobre el particular (Daunís, 1960, 7).

El 22 de marzo de 1960 María Teresa Bosch presenta una querrela contra Ana María Matute y Ediciones Destino por usurpación de propiedad intelectual. Esta querrela se basa en el contrato mencionado por José Manuel Lara en la anterior entrevista; no obstante, en dicha querrela se afirma que la exclusiva que quedaba al margen no correspondía con *Primera memoria*, novela ganadora del Premio Nadal, sino con otra novela proyectada anteriormente:

Se basa la querrela en el contrato otorgado en 15 de enero de 1959 en virtud del cual Planeta tiene la exclusiva durante 10 años de las Novelas inéditas de la Sra. Matute. Y como en dicho contrato se reserva una Novela que tiene «Contratada» (y cobrada) con Destino, como no cree sea ésta la que ha ganado el Premio Nadal, (contratada de antemano), es asimismo autor de dicha usurpación Destino (Bosch, 1960).

La falta de documentación nos obliga a establecer hipótesis; lo más probable es que se llegara a un acuerdo o que la querrela no tuviera recorrido judicial. El hecho último es que *Primera memoria* aparece en Ediciones Destino sin mayores obstáculos.

Antes de llegar al Nadal, Ana María Matute desembarca en otro galardón fundamental para el devenir de la literatura española tras la guerra civil, que fue el Premio Café Gijón 1952, merecido por *Fiesta al Noroeste* (Madrid, Afrodísio Aguado, 1953). La novela será señalada por Vilanova como una digna continuadora de la línea literaria iniciada por *Los Abel*.

La siguiente obra reseñada por el crítico catalán en *Destino* sería *Los niños tontos* (Arión, Madrid, 1956), recopilación de narraciones poemáticas, que el crítico bautiza, aquí sí elogiosamente, como «bellísima colección de poemas en prosa» (1957, 35), en la que Ana María Matute vuelve a fundir una voz lírica y sugerente con la enorme fuerza trágica de los acontecimientos narrados:

[...] las narraciones poemáticas de Ana María Matute en *Los niños tontos* pueden considerarse, tanto como poemas en prosa de tono lírico y forma narrativa, rigurosamente objetiva, como ver en ellos verdaderos cuentos que han adoptado junto al estilo poético, el tono mágico, absurdo e irreal de la leyenda y de la fábula para alcanzar una dimensión más profunda de la vida y de la realidad (Vilanova, 1957, 35).

Elogia el crítico la plasticidad del estilo, que a la vez no excluye la óptica realista que preside la obra de Matute: puesto que, si bien es cierto que la atmósfera que empapa estos relatos es onírica, mágica, todos los hechos narrados son posibles o reales. La gran novedad que aporta la novelista es una visión totalmente nueva de la realidad del momento: «no la realidad aparente y externa que predomina en el cuento y la novela actual, sino otra más íntima y más profunda extraída de manera igualmente objetiva de los más prodigiosos hallazgos de la intuición y de los misteriosos paisajes de la subconsciencia» (1957, 35). Una combinación de ternura, magia infantil y realidad objetiva que sería particularmente característica de Ana María Matute en obras posteriores.

La siguiente novela, *Los hijos muertos* (Planeta, Barcelona, 1958), explica la historia de Daniel Corvo en su lucha por escapar de un ambiente opresor —el de una familia terrateniente— y así poder decidir su propia existencia, si bien una enfermedad terminal le obliga a volver a su pueblo de origen y a enfrentarse con su pasado. La define el crítico barcelonés en su artículo:

Vasto retablo narrativo, de extraordinaria amplitud y complejidad, concebido inicialmente como una gran crónica familiar, al estilo del *Absalón* de Faulkner, y estructurado en las tres partes de que consta en torno a un

contrapunto temporal que alterna el curso presente de la acción con la evocación retrospectiva del pasado lejano, esta obra intenta al propio tiempo historiar el ciclo vital y humano de dos generaciones sucesivas, separadas por la sangrienta catástrofe de nuestra guerra, pero víctimas de un mismo sino fatal e inexorable (Vilanova, 1959a, 29-30).

Así pues, en la primera parte de la novela («El tiempo»), se describe la historia de la familia Corvo a partir del recuerdo de Daniel –casi el último de sus miembros–.

La técnica aprendida de ese «naturalismo poético» norteamericano que observa el crítico en Matute, como lo hará en *El camino* de Delibes, y que combina evocación subjetiva y narración de hechos, a la vez que mantiene puntos de contacto con la narración de hechos presentes, sirvió en *Los hijos muertos* para narrar la visión desengañada de su protagonista.

El profesor barcelonés dibuja el perfil del personaje, cuya rebeldía contra su familia y su idea de casta lo acercan a la gente humilde y sencilla de la aldea de Hegroz. Una rebeldía, sin embargo, que no puede reducirse a la huida, pues, como en la novela, el individuo no puede escapar nunca de su pasado. Concluye el crítico:

Como puede verse, lo que la autora nos refiere a través de la figura de su héroe, que contempla el pasado con el sentimiento desengañado y amargo de la derrota y el fracaso, no es la historia de los Corvo, de su decadencia y de su ruina, sino la pugna entre dos mundos, encarnados en dos generaciones de una misma familia separadas por el abismo infranqueable de los años y por dos concepciones enteramente distintas del mundo y de la vida. Dos concepciones tan radicalmente opuestas, tan desemejantes y antagónicas, que habrán de encontrarse fatalmente frente a frente en una lucha a muerte, cifrada simbólicamente en esta obra en la sangrienta tragedia de nuestra guerra civil (Vilanova, 1959a, 30).

Elogia de nuevo el crítico el estilo lírico, plástico, con resonancias faulknerianas, de la novela de Ana María Matute, una «tremenda epopeya de nuestra guerra» y «la mejor novela española del pasado año» (Vilanova, 1959a, 30). Estas aseveraciones con toda

probabilidad convirtieron a Antonio Vilanova en el mejor defensor de *Los hijos muertos* en el jurado de los Premios de la Crítica 1958, cuya modalidad de novela recaería justamente en la novela de Ana María Matute, como explica en su crónica (Vilanova, 1959b, 36).

El modelo narrativo de Matute, ajeno a las modas de su tiempo y conectado con los mejores modelos del siglo XX, continuaría en la novela que ganaría el Premio Nadal 1959: *Primera memoria* (Destino, Barcelona, 1960), el relato poemático de la pequeña Matia, cuyo final de la niñez y principio de la adolescencia transcurriría en Mallorca, durante la guerra civil. Rafael Vázquez Zamora remitirá, en su crónica del galardón (1960, 24-26), al artículo de Antonio Vilanova, exclusivamente dedicado a la obra hasta el momento de Ana María Matute. Justifica el crítico catalán, en primer lugar, que una escritora con tantas novelas publicadas acuda a un concurso:

En cuanto al hecho desusado y poco frecuente de que una novelista famosa y ya consagrada, con media docena de libros publicados y cuatro premios en su haber, se haya atrevido a arrostrar la ardua prueba que supone concurrir a un premio de este tipo, cuya tendencia predominante ha sido el descubrimiento de nuevos valores entre las promociones jóvenes, es fácilmente comprensible si se tiene en cuenta la extremada juventud de la autora que en realidad no cuenta más de treinta y tres años (Vilanova, 1960, 27).

Esta explicación inusual nos remite a las numerosas e interesantes entrevistas que concedió Ana María Matute la noche del premio, que refieren además los momentos previos a que se hiciera público el ganador del Nadal. En muchos de los reportajes que cubrieron la celebración en el Ritz barcelonés, no solo se hace referencia a la situación poco habitual de la ganadora, justificada por Vilanova, sino que también remiten a la larga relación entre la escritora y el grupo Destino, y a los «dazos sentimentales» que los unen (Del Arco, 1960a, 15):

Ana María Matute no es ciertamente una autora novel, pero ha sido, para el Jurado, una «nadalista» que cuenta ya con una larga historia en nuestro concurso. Tres

años ha acudido a él Ana María Matute. Sus primeros cuentos se publicaron en el semanario que están ustedes leyendo [...]. Revelada pues al público y a la crítica por Destino y por el «Premio Nadal» hace dos años (Vázquez Zamora, 1960, 25).

Durante la entrevista realizada por Del Arco, publicada en el semanario *Destino*, Ana María Matute replica ante la mención del «sexo en la pluma», pues considera que no debe haber una distinción entre la literatura escrita por mujeres, de la escrita por hombres, ni en el estilo ni en la recepción del lector: «Al lector no le debe importar, ni notar, si el libro está escrito por un hombre o una mujer, no debe haber estilo masculino, ni femenino, ni temas reservados para ellos ni para nosotras» (Del Arco, 1960b, 29). Este comentario de la escritora, uno de los más destacados de las entrevistas realizadas la noche del premio, nos recuerda a algunas de sus colaboraciones periodísticas, en concreto a «Libros para mujeres», publicado en *Destino*, en el que la autora critica la existencia de una literatura para las mujeres:

Siempre me ha llamado la atención el hecho de que a la mujer, también en lo literario, se la considere muy a menudo al nivel de los menores o de los retrasado mentales. Digo esto recordando que, hasta hace poco, la mujer no podía ser testigo de un testamento, como los niños o los idiotas; mal estaba eso, pero tan mal, o peor, que se escriba una literatura especialmente dedicada a ella. Literatura que, en la mayoría de los casos, resulta ser de baja calidad (Matute, 1961: 27).

También nos remite a una entrevista más reciente de la escritora, llevada a cabo en 2007 por el profesor Antonio Ayuso Pérez. A pesar de que esta entrevista se centra en el género del cuento, y la importancia de este en la trayectoria de Ana María Matute, encontramos un comentario de la escritora muy similar al que pronunció en la noche de 1960:

—¿Podría deberse ese estilo, que le criticaban, a que fuera producto de una mujer, y por eso no lo entendieran?, ¿cree usted que existe una literatura de mujer?

—No, puede existir como la literatura infantil..., pero no la otra. Existe la Literatura, la buena y la mala, y me da lo mismo que esté escrito por el hombre que por la mujer (Ayuso, 2007).

La carga de misoginia estructural presente en una parte importante de la recepción mediática del Nadal, así como el sesgo de género presente en muchas preguntas de las entrevistas a las premiadas, fue una constante en la historia del galardón barcelonés —como ha estudiado bien Ana Cabello (2011, 67)—. En muchas ocasiones, las escritoras debían configurar una imagen pública que no las alejara en demasía del arquetipo del ángel del hogar. En el caso de Ana María Matute y de su Nadal, estamos ante una ganadora ya bregada con la prensa y con los equilibrios de la mujer escritora frente a su construcción social. Sin embargo, no debemos dejar de destacar la solidez de su postura —incluso por encima de su proverbial timidez— frente al enclaustramiento, a la asfixia de tener que aparecer categorizada bajo una etiqueta que, a su juicio, limitaba su obra y, quizá, la acercaba a modelos literarios, «femeninos, rosas», que estaban en las antípodas de su poética narrativa.

Ante la agudeza, o lo polémico, del comentario de Ana María Matute, Del Arco no insiste en el tema, solo hace un pequeño apunte sugiriendo que tal vez esta opinión de la escritora sea la razón por la que se presentó al Premio Nadal de 1959 con un pseudónimo masculino, el de Eduardo Ayala. Esta cuestión se encuentra presente en todas las entrevistas de la noche y, de hecho, el aspecto en el que más hacen hincapié los periodistas es en la persistente negación de la autora de haberse presentado a la convocatoria del premio: «Ana María, que está en una larga mesa, niega en redondo. Lo ha negado siempre ante los periodistas. Lo niega ante el micrófono de Radio Nacional. Ella no se presenta. No comprende el revuelo» (Santos, 1960, 8). Después de revelarse que Ana María Matute es la ganadora, esta admite el motivo real de haberse presentado bajo el nombre de Eduardo Ayala, el temor a salir perjudicada:

—¿Por qué seudónimo?

—Porque si no ganaba me hubiera dado mucha rabia quedar detrás de otros señores. En el Nadal que ganó

Miguel Delibes, quedé en lugar tercero, con *Los Abel*. Un año más tarde, quedé cuarta, con *Luciernagas*; para entonces no me importaba. Ahora, con el poco nombre que tengo, me hubiera perjudicado.

—¿Por qué «Eduardo Ayala»?

—Eduardo, se me ocurrió a mí, porque todos los que conozco son muy simpáticos, y Ayala, a mi marido, pensando en Francisco Ayala, novelista y sociólogo español, residente en América, a quien admira mucho y pensó que era un apellido literariamente breve y fácil de fonética (Del Arco, 1960a, 15).

El Premio Nadal de 1959 se convirtió en el certamen literario nacional con mayor valor económico, siendo dotado de 150.000 pesetas (Daunís, 1960, 7). Durante la noche pocos se atrevieron a preguntar a Ana María Matute acerca del destino de ese dinero —pregunta muy frecuente a las escritoras galardonadas—, y en una de estas escasas ocasiones observamos cómo Ramón Eugenio de Goicochea interviene antes de que la escritora pueda empezar a contestar:

—¿Tiene destino el dinero ganado?

—A punto estuvo —corta Ramón Eugenio— de servirle el dinero éste y el del Nacional para comprarse modelos de viuda. Porque el día anterior a ser premiada en Madrid me dio a mí un ataque grave. El médico me diagnosticó «éxtasis circulatorio». Algo grave si no lo cuido. Pero una enfermedad con nombre bello (D. Olano, 1960, 8).

Ante la interrupción de su marido, la escritora no responde a la pregunta realizada por D. Olano, ni este retoma el tema. Un silencio revelador, a la luz de las informaciones posteriores de las dificultades económicas y emocionales por las que estaba pasando el matrimonio desde hacía tiempo. En el mismo número de *Pueblo*, durante el artículo de Dámaso Santos, este comenta la pregunta realizada por la joven corresponsal de *El Alcázar*: «—Y dígame, Ana María, ¿qué piensa hacer con el dinero del premio?». No obstante, la escritora evade la pregunta respondiendo de manera genérica: «—Vivir, ¿te parece poco?» (Santos, 1960, 8). En otros artículos o entrevistas el periodista no se detiene en el destino de las 150.000

pesetas, pero, por ejemplo, en *La Vanguardia* Del Arco le pregunta a Ana María Matute si ganar el Nadal cambiará en algo su vida: «— La vida está demasiado hecha ya, para que una cantidad de más, o de menos, la modifique sustancialmente» (Del Arco, 1960a, 15). Esta respuesta de la autora nos remite a las dificultades económicas en las que se encontraba, situación a la que alude más adelante en la misma entrevista a la que nos acabamos de referir: «tengo más necesidad de dinero que de gloria» (Del Arco, 1960a, 15).

En la mayoría de las entrevistas de la noche, incluso en aquellas más escasas que cuentan solo con una o dos preguntas, el periodista suele preguntar a la escritora acerca de *Primera memoria*, la novela ganadora. A pesar de las variaciones que encontramos en las diferentes respuestas que ofrece Ana María Matute, siempre se detiene en un par de aspectos fundamentales en dicha obra, los personajes adolescentes y lo trágico de los hechos:

—¿Qué has pretendido?

—Plantear, mediante una forma lo más sencilla y suave posible, jugando con unos personajes adolescentes y, por tanto, limpios de todo prejuicio, el problema de la incomprensión y la injusticia dominante; para lo cual, me fue también necesario contrastar la pureza de los personajes con la brutalidad de la guerra. (Del Arco, 1960a, 15).

Durante la conversación entre la escritora y Del Arco que encontramos en el reportaje del semanario *Destino*, Ana María Matute puede responder a más preguntas acerca de *Primera memoria*, puesto que es la entrevista más extensa, pero también profundiza en cuestiones relacionadas con toda su trayectoria, como el impacto de la guerra en su niñez: «—Creo que influyó en mi infancia la guerra. Yo me incliné, sin saber por qué, al pesimismo y a la decepción» (Del Arco, 1960b, 29); o su interés por todo el mundo de la infancia:

—¿No te gusta ser mayor?

—Nada.

—¿Por eso tu amor a los niños?

—Sí.

—¿Te entienden los niños o los mayores?

—Los niños.

—¿Y tú a quién entiendes?

—A los niños, los mayores los veo y no los comparto (Del Arco, 1960b, 29).

Seguramente la respuesta más interesante de la escritora la encontramos en la entrevista que lleva a cabo para *La Vanguardia*, cuando el mismo periodista, Del Arco, le pregunta sobre los siguientes objetivos que se propone, después de haber ganado el Nadal, el premio que más había ansiado conseguir, y Ana María Matute responde con su inmensa ambición: «—Mi ambición es fabulosa, ilimitada./ —¿De gloria o de dinero?/ —Yo quiero ser la mejor escritora del mundo, aunque no tenga ni gloria ni dinero» (Del Arco, 1960a, 15). Esta intervención nos ofrece una imagen de Ana María Matute opuesta a la de la niña de voz susurrada que no quiere abandonar el paraíso de la infancia, nos muestra a una novelista insaciable, que no quiere, únicamente, obtener el reconocimiento que otorgan los galardones, sino que, además, quiere convertirse en la mejor escritora del mundo.

En su artículo tras la concesión del premio y después de repasar, una por una, todas las novelas de la escritora hasta el momento, Antonio Vilanova centra el análisis en *Primera memoria*, en la que encontramos aspectos reconocibles de sus obras anteriores y que ya hemos venido señalando a propósito de las entrevistas: la rememoración infantil (la «infancia repetida», en palabras de Marisa Sotelo – 1999, 171-178), el estilo lírico y plástico (depurado ya de cierto exceso en la adjetivación de las primeras novelas), o temas como la soledad e incomunicación, o la pérdida de la inocencia. No obstante, apunta el crítico una importante novedad respecto de sus otros textos: la concentración de la acción en el tiempo y, en consecuencia, la enorme fuerza e intensidad que gana el relato de Matute. Resume Vilanova:

La proyección desgarrada e hiriente de la injusticia y el odio que suscita la lucha a muerte de los mayores en el mundo mágico y absurdo de la imaginación infantil, es el tema central de esta novela alucinante y sobrecogedora en la que Ana María Matute describe con impresionante fuerza trágica y desolada ternura el horror de una adolescente casi niña ante los juegos de sus compañeros, ante la ferocidad implacable con que asiste al nacimiento de la maldad y el

dolor por obra de una inocencia perversa y cruel. (Vilanova, 1960, 27-28).

### ***Los Mercaderes* y «la representación de la vida humana»**

La lucidez crítica de Antonio Vilanova esgrimió a lo largo de los años cincuenta y de los sesenta que la *intentio auctoris* de Ana María Matute, a la vez que uno de sus hallazgos literarios, radicaba en representar la vida en sus novelas a partir de un estilo poemático y onírico, atravesado en ocasiones por contrastes de luz y sombras, de inocencia y crueldad.

Con *Primera memoria* la escritora barcelonesa inició una trilogía novelesca con el título de *Los Mercaderes*. La segunda parte de dicha trilogía, *Los soldados lloran de noche*, fue publicada por Destino en 1964 y reseñada puntualmente por Vilanova, quien a su vuelta de una estancia de dos años en Estados Unidos había cambiado el marbete que encabezaba sus artículos críticos: del orteguiano «La letra y el espíritu» al más cercano a la mirada de los estudios culturales de los años sesenta, «Literatura y Sociedad». Si bien las tramas argumentales de una y otra guardan pocos puntos de contacto, el profesor observaba ya en este segundo libro la intención última del título general de la trilogía:

En efecto, contrariamente a lo que pudiera hacer suponer una interpretación demasiado estricta, el título de *Los Mercaderes* no alude únicamente a la rapacidad y codicia de quienes se afanan por medios ilícitos en atesorar bienes materiales, sino más bien al fariseísmo de quienes especulan arteramente con las necesidades, los sentimientos y los ideales de los demás en provecho propio (Vilanova, 1964, 57).

A estos «mercaderes», contrapone Ana María Matute la óptica tierna e idealista de sus protagonistas –medio niños, medio adolescentes– en ese complejo momento del tránsito de una edad a otra, de la pérdida de la inocencia en la entrada del niño al mundo adulto. Apunta el crítico la medida construcción de los personajes,

así como, ya lo señalábamos, la finalidad que guiaba la escritura matutiana:

Plenamente consciente de que la misión esencial del arte de la novela es la representación de la vida humana en el seno de la sociedad, la autora de *Primera memoria* ha tomado como punto de partida de su obra el análisis psicológico de un carácter naciente, para mostrar cómo la formación de una personalidad, no sólo obedece a íntimas tendencias temperamentales, sino al influjo del ambiente social y familiar, condicionado a su vez por la circunstancia histórica del momento (Vilanova, 1964, 57).

Concluye el crítico que «el verdadero tema de este libro, según palabras literales de la autora, no es el amor adolescente, sino la inocencia perversa» (Vilanova, 1964, 59). La trilogía finaliza con *La trampa*, publicada en Destino en 1969, aunque no encontramos una crítica del profesor Vilanova en el semanario barcelonés<sup>5</sup>, la publicación de la última novela de *Los Mercaderes* tendría su espacio en *Destino* a cargo de Joaquín Marco, quien se detiene en la evolución en la forma de narrar de Ana María Matute a lo largo de las tres novelas de la trilogía:

Lo que en la primera parte de la trilogía era una narración lineal, aunque de corte subjetivo, se convierte en *La trampa* en un complicado diario, en el que el salto atrás faulkneriano se combina con la confusión de unos recuerdos transcritos apresuradamente. El lector tiene que adivinar, perdido entre los hechos brumosos y las constantes elucubraciones (Marco, 1969, 42).

A pesar de que el crítico afirma que «Ana María Matute es uno de los novelistas más interesantes de la literatura de la posguerra» (1969, 42), considera que el estilo de la escritora peca de excesiva adjetivación, con el uso de algunos epítetos que califica como clichés. Esta crítica hacia el estilo lírico de Ana María Matute nos recuerda a la valoración que llevó a cabo el crítico Gonzalo Sobejano en *Novela española de nuestro tiempo* hacia la obra de la autora,

---

<sup>5</sup> La última publicación del crítico Antonio Vilanova en *Destino* fue de 1966.

y nos aleja de aquellas desarrolladas por Antonio Vilanova, que, no está de más decirlo, han permanecido vigentes y conectadas con la sensibilidad contemporánea. No obstante, Joaquín Marco pretende finalizar su artículo de manera positiva, destacando aquellos puntos de la trilogía que considera más destacables:

La aportación más interesante de Ana María Matute en este ciclo reside no tanto en la temática general sobre la guerra civil y sus consecuencias en la sociedad española, ni el drama que ello significa para los personajes afectados, sino en la evolutiva y profunda interiorización de los personajes, replegados cada vez más sobre sí mismos y finalmente confusos y alejados de la misma realidad ambiental. [...] El idealismo que se reprochaba a la autora en otras obras ha venido a ser una constante positiva. Por todo ello podemos decir que *Los mercaderes* constituye una clave para comprender la evolución de la novela en España (Marco, 1969, 42).

El caso de las relaciones entre Ana María Matute, el grupo Destino y el Premio Nadal es particularmente revelador, pues abarca distintas décadas –de los oscuros años cuarenta a la supuesta apertura de los sesenta–; como autora ocupa diversas posiciones tanto en su relación con el grupo editorial y la revista homónima, como con el manejo de la construcción de su imagen social como mujer escritora ante su público; y como novelista que trazó, quizá intuitiva pero sólidamente, un universo y una poética narrativa desde *Los Abel* hasta *Los Mercaderes*. Un cosmos novelesco que definiría, a nuestro juicio, lo mejor de su trayectoria literaria y que la convertiría, sin duda, de una extraordinaria «revelación literaria» a una de las mejores escritoras de nuestro país.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUSTÍ, Ignasi. (1974) *Ganas de hablar*. Barcelona. Planeta.
- AYUSO, Antonio. (2007) «Yo entré en la literatura a través de los cuentos». Entrevista con Ana María Matute». *Espéculo: Revista de estudios literarios*. 35.

BOSCH, María Teresa. (1960) *Querrela de Editorial Planeta contra Ana María Matute y Ediciones Destino, del 22 de marzo de 1960*. Fons Josep Vergés. Biblioteca Nacional de Catalunya.

CABELLO GARCÍA, Ana. (2011) «La visibilización de la mujer escritora en los años 50: del premio Eugenio Nadal al Elisenda de Montcada». *Páginas de Guarda*. 11. 63-77.

COLL, Julio. (1948) «El tremendismo en la mujer». *Destino*. 18 de diciembre. 593. 14.

DAUNÍS, Francisco. (1960) «Entrevista con Ana María Matute». *Solidaridad Nacional*. 7 de enero. 7.

DEL ARCO, Manuel. (1960a) «Mano a mano. Ana María Matute». *La Vanguardia Española*. 7 de enero. 15.

\_\_\_\_\_. (1960b) «Visto y oído». *Destino*. 7 de enero. 29.

DELIBES, Miguel; VERGÉS, Josep. (2002) *Correspondencia, 1948-1986*. Barcelona. Destino.

D. OLONA, Antonio. (1960) «Primera memoria, de Ana María Matute, premio Nadal». *Pueblo*. 7 de enero. 8.

GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel. (2019) «Tras las huellas de una poética del cuento en Ana María Matute». *Anales de Literatura Española*. 31. 215-228.

LAFORET, Carmen. (1951) «Elena Quiroga, Premio Nadal 1950, vista por Carmen Laforet, Premio Nadal 1944». *Destino*. 13 de enero, 15.

MARCO, Joaquín. (1969) «El fin de una trilogía: *Los mercaderes*, de Ana María Matute». *Destino*. 27 de septiembre. 42.

MARTÍN GAITE, Carmen. (1999) *Desde la ventana*. Madrid. Espasa-Calpe.

MARTÍNEZ CACHERO, José María. (1997) *La novela española entre 1936 y el fin de siglo. Historia de una aventura*. Madrid. Castalia.

MATUTE, Ana María. (1960) «La ruta de los álamos». *Destino*, 12 de marzo. 61.

\_\_\_\_\_. (1961) «Libros para mujeres». *Destino*, 18 de febrero. 27.

MONTERO, Rosa. (1996) «Ana María Matute, el regreso del cometa». *El País*. 8 de septiembre. 52-56.

REDACCIÓN. (1950) «Nuestro sexto Premio Nadal». *Destino*, 14 de enero. 15.

RIPOLL SINTES, Blanca. (2016) «Carmen Laforet y el Premio Menorca. Geografía, novela y premios literarios». *Castilla. Revista de Literatura*. 7. 215. 169-192.

ROMERO, Luis. (1964) «Ana María Matute frente a sus personajes». *Destino*, 18 de julio. 40-41.

SANTOS, Damaso. (1960) «Damaso Santos escribe desde Barcelona». *Pueblo*. 7 de enero. 8.

SOBEJANO, Gonzalo. (1975) *Novela española de nuestro tiempo (En busca del pueblo perdido)*. Madrid. Prensa Española.

SOTELO VÁZQUEZ, Marisa. (1999) «Primera memoria de Ana María Matute: la vida es una infancia repetida». *Salina: revista de lletres*. 13. 171-178.

\_\_\_\_ (2012) «Espacio urbano y guerra civil en *Luciérnagas*». *Literatura y espacio urbano* (ed. M. Ángeles Ayala). *Anales de Literatura Española*. 24. 319-336.

\_\_\_\_ (2014) Edición e introducción a Ana María Matute, *Luciérnagas*. Madrid. Cátedra.

TEIXIDOR, Joan. [J. T.] (1948) «Nuestro cuarto Nadal». *Destino*. 10 de enero. 14.

VÁZQUEZ ZAMORA, Rafael. (1960) «Las novelas del Premio». *Destino*. 9 de enero. 24-26.

VILANOVA, Antonio. (1950) «La novela de William Faulkner». *Destino*. 694. 25 de noviembre. 16-17.

\_\_\_\_ (1956) «*En esta tierra*, de Ana María Matute». *Destino*. 964. 28 de enero. 30.

\_\_\_\_ (1957) «*Los niños tontos*, de Ana María Matute». *Destino*. 8 de junio. 35.

\_\_\_\_ (1959a) «*Los hijos muertos*, de Ana María Matute». *Destino*. 28 de febrero. 29-30.

\_\_\_\_ (1959a) «*Los hijos muertos*, de Ana María Matute» *Destino*. 11 de abril. 36.

\_\_\_\_ (1960) «La obra de Ana María Matute». *Destino*. 9 de enero. 27-28.

\_\_\_\_ (1964) «*Los mercaderes*, de Ana María Matute». *Destino*. 10 de octubre. 57 y 59.